

El Lago de Cucao

LEYENDA CHILOTA

Por

Lina SCHIAVETTI de Gómez

Narración seleccionada entre los textos que premió el concurso convocado por el Instituto Nacional del Libro Español (I.N.L.E.) durante el "Año Internacional del Libro - 1972", patrocinado por la UNESCO.

He recorrido bastante y puedo asegurarle sin exageración, que no conozco otro sitio donde l'ueva tanto como en el archipiélago de Chiloé. Allí, el cielo derrama torrentes de agua, confundiéndose con un mar tempestuoso —poblado de esotéricos y espeluznantes monstruos marinos— el cual se une a la tierra cubierta de enmarañada floresta —donde revolotean aves agoreras, cuyo canto predice los acontecimientos futuros— y está habitada además por seres demoníacos. Latente, el misterio ronda por todos lados.

—¿Habla Ud. seriamente?

—Sumergido en aquel mundo aparte, acuático y vegetal, casi submarino, uno se siente propenso a las más fantasmagóricas alucinaciones.

—¡Sólo le faltó ver el "Caleuche"!

Reí con escepticismo y me contestó adusto:

—No sabría precisar lo. Ese barco espectral, con su tripulación de esqueletos navegando a velas desplegadas y brillantemente iluminado por luces de Santelmo, puede aparecérsenos en el recodo de cualquier canal; constituye una visión corriente allá y muchos lo han contemplado, para su daño. Dicen que presagia locura y muerte... Habré de creerlo, puesto que nadie es inmortal.

—De prestarles oído a semejantes patrañas, inventadas por pescadores y marineros en todas las latitudes, nos venceremos que los mares están plagados de bajeles fantasmas.

—Sí. El cuento es bastante manido pero no dejan de repetirlo, como si existiera alguna base cierta. . .

—Un fenómeno, aunque parezca sobrenatural, lleva siempre aparejada la lógica y sencilla explicación científica. ¿Verdad?

Hizo una larga pausa, como buscando esa causa cierta antes de responderme:

—Debe haberla, sin duda. Evoqué a Chi'oé transido de lluvia y, para que Ud. comprenda mejor el ambiente mágico que impregna al lugar, trataré de describirle su esplendor, cuando lo alumbraba el sol. . . Entonces, el paisaje sobrepasa en belleza panorámica a cuanto pueda imaginarse. ¡Es una milagrosa exposición de colorido y luminosidad! La Isla Grande se recorta sobre las olas como fértil progenitora y alrededor suyo emergen los islotes, que forman una multitudinaria prole vegetal y florida, cual esmeraldas del océano. Bajo un firmamento azul, hecho de aire translúcido, se destaca cada piedra o cascada tomando intensas tonalidades para resplandecer igual que variadas gemas, únicas y preciosas. . .

Quedó absorto en sus recuerdos, hasta que interrumpí ese ensueño:

—Indudablemente, la extraordinaria refracción así producida, se presta a inusitados reflejos y efectos ópticos ilusorios, parecidos al espejismo.

—Por supuesto. El turista sobrecogido, no deja de preguntarse perplejo: ¿Qué cataclismos originaron el diseño de tan magnífica disposición volcánica? Le relataré mi excursión al Lago Cucao —que no resultó ningún paseo cómodo ni expedito— aunque me valió la pena, por lo que allá presencié.

—Me interesa y le escucho; pero no me sa'ga Ud. con embrujos y aparentes sortilegios, porque los detesto. Quizá en el fondo, me atemoricen un poco. . .

—No pienso herir susceptibilidades ajenas. Incluso, me saltaré las penurias

del viaje; pero es indispensable que mencione los vendavales de Chiloé: "Pega sin mano, silba sin boca, y tú no lo ves y te toca", así reza la adivinanza popular —que allá no se aviene— ya que en aquella zona, el viento desencadenado adquiere personalidad propia, está vivo, se palpa, uno lucha contra él a brazo partido y le juraría que admiramos la presencia patente, sólida y casi corpórea de ese poderoso contendor, supuestamente invisible.

—Volviendo a orillas del Lago Cucao. . .

—Es uno de los tantos ojos de agua que horadan el archipiélago de Chiloé. No lejos de Vilipi'i, llegamos a él al caer la tarde; su forma alargada corre de este a oeste y tiene más o menos doce millas de longitud. Debido a una extraña configuración geográfica, y a la fuerte brisa marina que sopla invariable durante el día, se nos mostró muy rizado y con violento oleaje. Quise retirarme del paraje poco acogedor, pero mi guía me retuvo: "Aguarda, extranjero". Pasó un rato. Vino el anochecer y cayó el viento reinante; abatido, cesó de aullar entre las ramas y sobrevino un gran silencio, que se prolongaría hasta el alba. Como por encanto, el lago se calmó. Ni una sola onda alteraba la tersa superficie de ese cristal y el espejo líquido reflejaba las estrellas.

—¿Y luego. . .? Confiese que le gusta abusar del suspenso.

—Ud. me exigía algo verosímil, pero los hechos concretos no le satisfacen, vislumbrando que este prodigio ha dado pábulo a la leyenda.

Se mostraba burlón y me defendí:

—También las personas modernas y prácticas necesitamos a menudo de la antigua fantasía, para engalanar nuestra era actual.

—Es una historia simple, melancólica y tierna, ésta que me contó el chilote; aquí la tiene: "Sucedió hace mucho tiempo. . . y por los siglos se mantendrá igual. Una doncella enamorada vio partir al hombre amado que se alejó en su frágil piragua no sin antes prometerle regresar, para que juntos disfrutaran del

amor infinito. Aletada por la esperanza, ella lo esperó ahí, oteando el horizonte. Transcurrieron semanas y meses, se sucedieron las variadas estaciones y los años, pero aquel viajero no volvería nunca. La atenaceó la duda, sobrevino el dolor y lloró su desconsueño en la soledad, hasta que las lágrimas de la fiel abandonada formaron el lago, donde

terminó ahogándose. Así y todo, no alcanzó la paz ni el olvido porque todavía gime en el desasosiego de una angustia milenaria, mientras su larga y ondulante cabellera dispersa flota alborotada sobre las aguas, para formar esas olas que se observan durante el día. Pero por las noches, para que la niña descanse y duerma, llega su madre y la peina. . .”.

